

## CAPÍTULO IX

1695-1696

La Real Audiencia de México absuelve á Soberanis.—Dificultades que con este motivo suscita á D. Martín de Urzúa.—Este continúa, sin embargo, sus operaciones.—Embajadores que le envía Canek para someter su isla al dominio español.—Recibimiento que les hace en Mérida.—Nombra también una embajada que pasa al Itzá.—Desacuerdo aparente entre el príncipe de esta isla y sus vasallos.—Los enviados del gobierno colonial se ven obligados á salir de ella secretamente.—Urzúa manda á sus tropas que tomen posesión del Petén.—Los itzaes apelan á las armas para resistirse á esta medida.—Estado que guardaba el camino que iba abriendo García de Paredes.

Hacia el año 1695 acaeció un suceso que debía suscitar varios tropiezos y dilatorias á la empresa de que venimos hablando. La Real Audiencia de México absolvió á don Roque de Soberanis y Zenteno, y como esta absolución traía consigo su vuelta al gobierno de Yucatán, el mismo tribunal ordenó á D. Martín de Urzúa que se saliese de la Península, porque había una cédula Real que prohibía á los que obtenían *futura* residir en la provincia que con el tiempo habían de gobernar. Pero el representante que Urzúa tenía en aquella ciudad no se conformó con la última parte de la resolución, y manifestó al virrey que, habiéndose confiado expresamente á su cliente la expedición al Petén Itzá, y habiendo gastado en ella una gran parte de su caudal, debía permitírsele que continuara residiendo en la provincia,

con el objeto de que pudiese llevarla á cabo. El virrey no quiso decidir sin oír previamente á Soberanis; mas como éste manifestó que á él debía corresponderle la continuación de la empresa, en virtud de habersele devuelto su gobierno por sentencia, aquel elevado funcionario determinó dar á su fallo todas las dilatorias posibles, con el objeto acaso de que una aclaración de la corte le sacase del embarazo en que se encontraba.

Bien pudo el virrey tomarse un largo tiempo para meditar su resolución, porque Soberanis tuvo todavía necesidad de permanecer en México para gestionar que se le absolviese de la excomuni6n que pesaba sobre él. Urzúa aprovechó esta circunstancia para seguir reclutando gente, y habiéndola armado y abastecido de todo cuanto se necesitaba para continuar la apertura del camino, se la mandó á García de Paredes, que permanecía aún á las inmediaciones de Zuctok. Luego que este refuerzo, que se componía de ciento cincuenta hombres, hubo llegado al punto de su destino, aquel jefe volvió á emprender su marcha hacia el mes de diciembre de 1695. Abriéronse en esta segunda expedición unas cuarenta leguas de camino, y acaso se habría llegado hasta la laguna de Itzá, si no lo hubiese impedido un río caudaloso que cruzaba por el trayecto que se había elegido. García de Paredes determinó acampar allí, á fin de construir una piragua de que creyó tener suma necesidad para continuar sus operaciones.

Mientras se avanzaba con toda esta lentitud, en los dominios de Canek desarrollábanse algunos otros sucesos que debían allanar á Urzúa muchos de los obstáculos que temía encontrar en su empresa. El capitán Hariza, alcalde ordinario de la villa de Salamanca, tuvo noticias de que aquel príncipe indio deseaba ponerse en contacto con los españoles, acaso con el objeto de evitar la guerra, de que simultáneamente se veía amenazado por las tropas de Yucatán y de Guatemala. Comunicóselo inmediatamente al

gobernador, y entretanto envió al Petén á un indio llamado Mateo Uicab, á fin de que sondease la voluntad del cacique. Encontró á éste muy alterado; á causa de una refriega que sus vasallos acababan de tener con las tropas de Guatemala, que habian vuelto á salir á campaña y llegado á las inmediaciones de la laguna. Escuchó, sin embargo, á Uicab, y habiendo comprendido acaso que lo que más le convenia en aquellos momentos era dividir á sus enemigos para ganar tiempo, resolvió captarse la voluntad del gobierno de Yucatán para adormecer al de Guatemala. Con esta intención respondió al embajador que tenia muy buena voluntad de someterse á D. Martín de Urzúa con sus ochenta mil vasallos, todos los cuales estaban dispuestos á abrazar el Cristianismo; que el objeto de esta sumisión espontánea era el de evitar el derramamiento de sangre en sus dominios, por cuya razón á cualquiera que entrase en ellos en son de guerra lo repeleria con la fuerza, y que, finalmente, si prefería rendirse á los soldados de Yucatán, era porque los consideraba más humanos que á los de Guatemala, y porque su familia y su tribu eran originarias de la Península.

Luego que la noticia de esta respuesta hubo llegado á Mérida, por haberla comunicado el capitán Hariza, el gobernador se llenó de gozo y determinó entablar relaciones directas con Canek por medio de una embajada compuesta de personas respetables. Con este objeto mandó llamar á Fr. Andrés de Avendaño, que era el jefe de la misión llamada de las Montañas, y después de darle sus instrucciones, le confió una carta escrita en lengua maya para el príncipe itzalano. Este documento, que Villagutierre reproduce á la letra, está concebido en frases bombásticas y altisonantes, que recuerdan las de la intimación que, recién descubierta la América, se hacía á los indios por todo jefe de conquista. Tenía por principal objeto recordar á aquel personaje y á sus vasallos las profecías de sus antiguos sacerdotes, y exhortarlos en virtud de ellas á abrazar el Cristia-

nismo y á someterse sin condición de ninguna especie á la Corona de España.

Por una coincidencia que la gravedad de las circunstancias hace muy fácil de explicar, Canek tuvo un pensamiento idéntico al de Urzúa, y así, mientras el embajador de éste se dirigía al Petén por el camino que seguía abriendo García de Paredes, el jefe indio disponía otra embajada, compuesta de un sobrino suyo y cuatro de sus mejores capitanes, la cual se presentó en Salamanca al capitán Hariza. El alcalde los despachó inmediatamente para la capital de la Colonia, habiendo comunicado previamente la noticia al gobernador, para lo que pudiera convenirle. Grande satisfacción causó á D. Martín de Urzúa esta noticia, y habiéndose informado del día y hora en que debían entrar, salió á recibirlos hasta la plaza de la Mejorada, acompañado de los alcaldes ordinarios, del Ayuntamiento, de varios clérigos seculares y regulares y de los vecinos más distinguidos de la ciudad. Allí abrazó á todos los itzalanos; metió al sobrino de Canek en su carruaje; hizo que los demás fuesen introducidos en otros, y la comitiva emprendió su marcha para la plaza principal, entre la inmensa muchedumbre que obstruía el tránsito. Detuviéronse todos en la Catedral, donde, después de haber hecho una breve oración, se dirigieron al palacio de gobierno. Entonces el jefe de la embajada entregó á D. Martín de Urzúa una corona de plumas de diversos colores, que traía en la mano, y acompañó esta acción con el siguiente discurso, que fué traducido al castellano por uno de los concurrentes:

«Señor: Representando la persona de mi tío, el gran Canek, rey y señor absoluto de los itzaes, en su nombre y de su parte vengo á postrarme á tus pies y á ofrecer á ellos su corona Real, para que en nombre de tu gran rey, cuya persona representas, nos recibas y admitas en su Real servicio y debajo de su amparo y patrocinio, y nos concedas padres sacerdotes que nos bauticen, administren y ense-

ñen la ley del verdadero Dios. Esto es á lo que he venido, y lo que mi rey solicita y desea, con el común sentir de todos sus vasallos» (1).

Don Martín de Urzúa recibió con agrado la corona y manifestó al embajador que en nombre del poderoso rey de las Españas aceptaba el vasallaje que le ofrecía Canek, y que muy pronto enviaría á Itzá misioneros que instruyesen á sus habitantes en la religión de Jesús. Concluida esta ceremonia, los cinco indios fueron conducidos al alojamiento que se les tenía preparado, donde fueron tratados con todas las consideraciones que se creyeron necesarias para halagarlos. En seguida se les paseó por toda la ciudad, para que viesen lo más notable que encerraba en su recinto, y se les hizo comprender que lo que veían no eran mas que débiles resplandores del sol que brillaba con todo su esplendor en la Metrópoli. El sobrino de Canek lo miraba todo con estudiada frialdad, y afectó no admirarse de nada, á pesar de que era esta la primera vez que ponía los pies fuera de su isla.

A fin de comenzar á recoger desde esta ocasión los frutos que el rey y la Iglesia se prometían de la embajada, los franciscanos emprendieron desde luego la conversión de los cinco individuos que la componían, y no tardaron en bautizarlos solemnemente en la Catedral. Luego que se terminó este acto, en que el gobernador representó el papel de padrino, regaló á cada uno de los embajadores un traje, y entregándoles una carta y varios obsequios para Canek, los despachó para el punto de su partida é hizo que los acompañasen cuatro sacerdotes y algunos soldados, que debían de servirles de escolta hasta Salamanca.

La embajada de Urzúa tuvo una acogida menos favorable que la de Canek. El franciscano Andrés de Avendaño, á

(1) Hemos copiado literalmente de la obra de VILLAGUTIERRE las palabras del embajador de Itzá.

quien fué confiada, se hizo acompañar de sus hermanos José de Jesús María y Diego de Chavarría, y habiéndoseles unido cuatro indios, que debían servirles de guías y de criados, se situaron todos en el punto á que había llegado el camino que estaba abriendo García de Paredes. Desde allí se internaron en el bosque por una vereda casi imperceptible, y al cabo de seis días de marcha llegaron á un pueblo formado por una rama destacada de los itzaes. Sus habitantes los recibieron con aspereza, y aun apelaron á las armas para intimidarlos; pero habiéndoles asegurado Fr. Avendaño que no los acompañaba ningún hombre de armas y que su único objeto era visitar á Canek, no sólo depusieron toda actitud hostil, sino que ofrecieron allanarle todas las dificultades que podía encontrar en su misión. En cumplimiento de esta promesa, le llevaron al día siguiente á otro pueblo de su tribu, llamado Nichén, el cual estaba situado á la orilla de la laguna de Itzá. Desde allí enviaron un recado á Canek, quien no tardó en presentarse, acompañado de cuatrocientos indios que venían armados y pintados de negro. Avendaño salió á recibirlos al desembarcadero con la sonrisa en los labios y con todas aquellas demostraciones de cariño que en su concepto debía usar con aquellos hombres que acababan de someterse espontáneamente al rey de Castilla. Pero los vasallos de Canek prestaron poca atención á sus razones, y con gestos que más bien parecían de amenaza, le obligaron á entrar en una canoa con sus compañeros y sus guías.

Al cabo de tres horas de navegación, la numerosa comitiva llegó al Petén, y los embajadores fueron conducidos á un extenso salón, cuyo techo era de paja y en cuyo centro se elevaba una enorme piedra, cubierta con manchas de sangre. Los frailes comprendieron que aquel era el altar de los sacrificios, y debieron llenarse de terror cuando notaron que habían quedado casi á oscuras, á causa de la compacta muchedumbre que había acudido á todos los lados

del edificio. Entonces solicitaron salir á una plaza, y habiéndoseles concedido este permiso, dieron allí lectura á las cartas que traían del gobernador Urzúa y del provincial de los franciscanos. Canek prometió dar su respuesta dentro de algunos días, y entretanto permitió á los embajadores que se quedasen en la isla á buscar prosélitos al Cristianismo. Estos se aprovecharon de la concesión para bautizar algunos niños y predicar sermones á los adultos; pero parece que al demonio no le agradó mucho la propaganda, y armó una emboscada á los misioneros.

Un día se presentó á Canek un gran número de sus vasallos, manifestándole que la nación itzalana no necesitaba para nada de la alianza española, y que como la presencia de aquellos extranjeros en la isla hacía comprender que se vacilaba todavía sobre la respuesta que se debía dar á Urzúa, era necesario hacerlos volver inmediatamente á Yucatán ó deshacerse de ellos de cualquiera otra manera. El príncipe itzalano logró calmar por un momento á estos patriotas exaltados; pero poco tiempo después se presentó un nuevo combustible, que volvió á provocar el incendio. Se presentaron en el Petén los caciques de otras cuatro islas que había en la laguna, y como uno de ellos, llamado Couoh, había aborrecido siempre á los españoles, se acercó á Avendaño en los momentos en que pronunciaba un discurso en favor de su embajada, y levantó su lanza para herirle. Pero no se atrevió á ejecutar su designio, en virtud sin duda del profundo respeto que el fraile le inspiraba por su carácter de embajador.

Este incidente obligó, sin embargo, á Canek á tomar una pronta determinación, y habiendo hecho llamar secretamente á los tres franciscanos, les entregó una carta para D. Martín de Urzúa, en que repetía sus protestas de adhesión al Dios de los cristianos y al rey de Castilla. También les dió varios presentes para el mismo funcionario, y encargó mucho que le dijese que Couoh era uno de los princi-

pes más turbulentos de su nación, y que D. Martín haría un gran servicio á Itzá si procuraba matarlo. Grande sorpresa causó este discurso á los embajadores; y mucho sin duda se aumentó cuando Canek añadió que debían efectuar su vuelta por Tepú, y que él mismo iba á conducirlos fuera de la laguna, porque sin estas precauciones corría gran peligro su existencia.

Los pobres frailes se vieron obligados á conformarse con esta determinación, y cuando la noche hubo cubierto de tinieblas la isla, el cacique, acompañado solamente de tres individuos de su familia, los condujo al embarcadero y se metió con todos ellos en una piragua de su propiedad. Navegaron toda la noche, y al despuntar el alba saltaron en tierra todos los viajeros y se dirigieron á un pueblo que distaba cuatro leguas de la orilla, y del cual era cacique un individuo llamado Chamax Sulú. Allí Canek y sus deudos se despidieron de los embajadores, después de haberle hecho prometer á Sulú que daría á éstos un guía que los condujese hasta Tepú. Los frailes estuvieron aguardando varios días el cumplimiento de esta promesa; pero comprendiendo que el cacique siempre encontraría un pretexto para eludirlo, se determinaron á emprender su marcha por un angosto sendero que, según les dijeron, debía conducirlos á Tepú. Hiciéronlo así con los cuatro indios cristianos, que hasta entonces les habían permanecido fieles; pero á las pocas leguas de marcha, el sendero se borró completamente, y fué necesario detenerse para reflexionar. Los indios opinaron que en lugar de dirigirse á Tepú por aquellas regiones que les eran totalmente desconocidas, era necesario cambiar de dirección, para buscar el camino que estaba abriendo García de Paredes. Este consejo pareció el más acertado á todos los viajeros; y sus autores, después de consultar el sol durante el día y las estrellas durante la noche, echaron á andar por medio del bosque, abriéndose paso con sus machetes. Pero al cabo de algunos días

se les agotaron las pocas provisiones que llevaban, sin haber logrado encontrar el camino. La pequeña caravana comenzó á morir de hambre, y llegó un momento en que Fr. Avendaño, acometido de inanición, se vió obligado á recostarse á la sombra de un árbol, mientras sus compañeros exploraban los alrededores. Uno de éstos tuvo al fin la fortuna de encontrar á unos arrieros que llevaban víveres á los trabajadores del camino que se buscaba, y esta circunstancia libró á los embajadores de morir ignorados en la espesura del bosque.

Entretanto, D. Martín de Urzúa, que, como comprenderá el lector, ignoraba completamente estos sucesos, despachó una orden por escrito al capitán García de Paredes, para que pasase á tomar posesión del Petén y de todas las demás islas y pueblos que componían el Itzá, en virtud de haberse sujetado ya á la Corona de Castilla. Cuando el teniente del capitán general recibió esta orden, había ya abierto el camino hasta un sitio que sólo distaba ocho leguas de la laguna. No pudo ejecutar personalmente la misión que se le confiaba, por hallarse á la sazón enfermo; pero mandó en su lugar al capitán D. Pedro de Zubiaur, á quien dió sesenta soldados, algunos indios de armas y dos frailes del Orden de San Francisco.

Internóse el pequeño destacamento por la vereda que pocos días antes habían llevado los embajadores de Urzúa, y no fué poca su sorpresa cuando, al llegar á la orilla de la laguna, notó que estaba cubierta de canoas, en que navegaba una multitud de guerreros indios. Remaron éstos con vigor cuando vieron á los soldados de Zubiaur, y habiendo saltado en tierra, se mezclaron entre ellos y quisieron obligarlos con gestos y amenazas á que se embarcasen. Llamaron la atención estas demostraciones, y uno de los frailes de la expedición, que conocía perfectamente la lengua maya, hizo notar á los agresores que estaban muy mal empleadas con unos hombres que ya eran amigos y aliados

de su nación. Pero los súbditos de Canek, en vez de aplacarse, maltrataron á algunos mayas que venían armados á la ligera, y mataron á un soldado español á la vista de sus compatriotas. En seguida se vió salir de los bosques vecinos un número inmenso de indios, que Villagutierre hace subir hasta diez mil, y un diluvio de flechas llovió sobre la fuerza expedicionaria. Zubiaur se puso inmediatamente en defensa, y las armas de fuego causaron algún estrago en las filas enemigas; pero comprendiendo cuán corta era su tropa para poder luchar con todo el poder de Itzá, determinó retirarse, y no paró hasta el campamento de García de Paredes.

Este suceso hizo comprender á D. Martín de Urzúa que la lealtad y la franqueza no descollaban entre las virtudes de Canek, aunque hay quien crea que este desgraciado cacique era el juguete de sus vasallos, los cuales habían armado últimamente un tumulto para obligarle á desistir de la alianza española. Sea de esto lo que fuere, Urzúa determinó llevar adelante su empresa y salir personalmente á la campaña, dejando el gobierno á los alcaldes ordinarios. Para esto comenzó á hacer nuevos preparativos: reclutó y equipó otros cien hombres de armas, y volvió á proveerse de municiones de boca y guerra. También mandó cortar madera para construir canoas y bergantines que surcasen la laguna de Itzá, porque en su concepto este era el único medio que podía emplearse para sujetar todas las islas. Dió, en fin, noticia de todo al virrey de México, pidiéndole que conforme á las órdenes Reales que tenía, le diese toda la ayuda que necesitaba, porque los muchos gastos que había hecho tenían ya agotado su caudal.

Cuando este aviso llegó á la capital de la Nueva España, era ya entrado el año 1696, y D. Roque de Soberanis seguía haciendo gestiones para que D. Martín de Urzúa saliese de Yucatán, y aun para que le abandonase la empresa de abrir el camino y reducir el Petén. El virrey continuaba tomán-

dose tiempo para meditar su resolución; pero tanto le urgió Soberanis, que al fin determinó que, luego que éste llegase á Yucatán y se hiciese cargo del gobierno, D. Martín de Urzúa se saliese de Mérida, se situase en seguida en el último punto del camino abierto por García de Paredes y que allí hiciese todo lo posible para dar cima á su empresa en todo el mes de marzo del año que corría; pero que si entrado abril no la hubiese terminado, se fuese á la villa de Campeche, sin venir á Mérida bajo ningún pretexto, y se embarcase en aquel puerto para salir de la Península, dejando la conclusión de la obra á Soberanis. No se conformó Urzúa con esta resolución, y pidió que á lo menos se le ampliase el término que se le señalaba, en gracia siquiera de los gastos que había hecho en servicio de su religión y de su patria. Cuando esta instancia llegó á México, había ya recaído el virreinato en el obispo de Michoacán, y este prelado, aunque insistió en que Urzúa saliese de la Península, resolvió que á él correspondía hasta su conclusión la empresa que había acometido, dándole facultad para residir en Verapaz, en Guatemala ó en el pueblo de Zuctok, que no se consideraba comprendido dentro de los límites de Yucatán. Ordenó asimismo á Soberanis que coadyuvase á la expedición con todos los auxilios que le pidiese su jefe, y concluyó disponiendo que se recogiesen todos los papeles concernientes á este asunto y se enviasen al Real Consejo de las Indias, á fin de que este Cuerpo confirmara su fallo ó determinara lo que creyera más acertado.

Por el mismo tiempo en que se dictaba en México esta resolución, García de Paredes había terminado ya la construcción de la piragua de que hemos hablado, y embarcándose en ella con treinta soldados para buscar el origen del río que le había detenido en su tránsito. No tardó en encontrarle en tres ojos de agua que sólo distaban ocho leguas del punto de su embarque, y habiendo dado cuenta al gobernador de su descubrimiento, continuó la apertura

del camino á la banda opuesta. Pero muy pronto tuvo necesidad de suspender sus trabajos, porque sobrevinieron las lluvias y porque enfermaron muchos trabajadores, á causa de los pantanos que abundan en aquella región. Entonces hizo construir un reducto á dieciséis leguas solamente de la laguna de Itzá; escogió cuarenta de sus mejores soldados, y habiéndolos dejado allí con seis piezas de artillería y con las armas, municiones y víveres necesarios para aguantarse por seis meses, se despidió de ellos diciéndoles que en diciembre próximo estaría de vuelta con el mismo D. Martín de Urzúa para llegar definitivamente hasta el Petén. En seguida emprendió su retirada con el resto de la gente, no hasta Zuctok, como el año anterior, sino hasta la misma villa de Campeche, porque sentía su salud muy quebrantada.